

“Desde mi ventana”

La quietud en la calle, la carretera vacía, los caminos intransitados, el silencio humano sobresaltaba la esencia de la naturaleza, el cantar de los pájaros, la brisa marina, el murmullo del viento.

Todo ello contradiciendo el caos en los hospitales, la lucha por vivir, el sacrificio por sanar y por ayudar mientras muchos otros sólo podíamos estar en casa esperando. Todo terminaría, a muchos nos cambiaría, otros permanecerían igual y muchos otros llorarían sus pérdidas, pero seguirían adelante.

Y a mitad de todo esto, allí estaban, una pareja nueva mudándose al pueblo, parecían jóvenes, ella en un evidente estado de esperar un retoño. Se instalaron en la zona más alta, los podía ver enfrente de mi ventana, con las mejores vistas al paseo marítimo. Cada día los veía, no paraban de trabajar, tanto el uno como el otro, restaurando su cabaña de madera de nogal, allí estaban preparando su hogar, como ajenos al mundo, aislados de lo que sucedía.

No aparentaban ser muy sociales, pero allí estaban siempre dejándose ver. Ellos no parecían tener curiosidad por nosotros, en cambio a nosotros nos despertaron una inquietud y todos los días les seguíamos la pista. Sin embargo, cuando llegaba la hora del aplauso desaparecían, el resto del día no parábamos de verlos continuamente expectantes alrededor de su cabaña. Salían al paseo, moviéndose libres sin límites, sin fronteras y de nuevo volvían a su hogar. Sin darme cuenta, en cierta manera los envidiaba. Esa libertad de desplazarse y acampar libremente donde quisieran.

Llegó la hora de podar nuestros árboles excepto aquel enorme laurel que podíamos observar desde nuestra ventana. Decidimos respetar su nuevo hogar. Ya todo está volviendo a la normalidad, pero ellos siguen aquí, tan elegantes como siempre, con su capa negra y su pechera blanca azulada, a la espera de sus retoños en ese nido que fueron construyendo poco a poco con las ramitas del nogal, haciéndonos testigos privilegiados todo este tiempo de encierro, en el que hemos observado sus pasos día a día.

Pasa el tiempo, y aunque está todo mejor los sigo envidiando ¡Quién fuera urraca para poder siempre volar y ser libre!.

Mónica Niebla